



Marcel Zúñiga

CUENTO
POESÍA
CORTO

Marcel Zurinaga

CUENTOS

POESÍA

CORTO

© Diseño e ilustración cubierta:
Diana Marcela Buitrago



Marcel Zurinaga/Felipe Robayo Chacón
2015

Todos los derechos reservados

Impreso en Colombia por: 8cho Indeleble
Cra. 83B # 17 – 45
Santiago de Cali – Valle del Cauca
Printed in Colombia – Impreso en Colombia

Primera edición: *julio 2015*

RESERVADOS todos los derechos. Cada intento de reproducción física o electrónica será fielmente agradecida por el autor. Las palabras contenidas en este libro son para el mundo, por ende, que se beneficie quien tenga oído para ellas: mas, si las palabras son utilizadas para el lucro, acordáos de este vuestro fiel escritor quien de sus libros vive y mandad las regalías producto de las ventas, pues, si te enriqueces de mí, por lo menos dame el crédito que me merezco.

Índice

Prólogo	4
Cuentos	6
Ataduras.....	7
Movimiento Mortal	13
Juegos de Impulso	18
Casualidad Causal	24
Poesía.....	45
Cuando te veo	46
Apariencia.....	48
Hijos de la Tierra	49
Daltonismo	50
Disipación.....	51
Poesía.....	52
Somos	53
Expresión	55
Borrachera	57
Corto.....	59
El Soñador	60

PRÓLOGO

El presente libro es el resultado de una selección de escritos realizados durante el período 2012-2015 entre los cuales se incluyen cuentos, poemas y un cortometraje —elemento audiovisual que pretendo incorporar como nuevo contenido de un libro literario—. La razón de incluir una película consiste en plantear una búsqueda para redefinir los alcances del libro como objeto, trascender la quietud y el silencio que puede tener al sólo ser páginas impresas incluyendo un elemento audiovisual. Este elemento nace de la viva necesidad por la imagen de nuestros tiempos; la narración audiovisual se convierte en una vía para el canuto de la pluma, desbordándose la tinta del papel a la pantalla: proyecto cinematográfico vuelto realidad—materializado—gracias a la cooperación de Diana Buitrago, Juan Manuel Franco, Marcela Franco, Juliana, Miguel, Saúl, Nicolás, Harbynv Patiño, Juan Pablo Ramírez, UVTV, Patricia Chacón, Pablo Chaco, Jan y M^a Cristina Chacón.

Así, este libro no podría ser realidad sin la viva contribución de los arriba mencionados, ya que constituyen un elemento central en la maquetación de su contenido. En cuanto a los cuentos y los poemas prefiero dejarle a usted, querido lector, que navegue por las páginas escritas con tan súbito y enaltecido deleite y, por fortuna, encuentre en ellas igual o mayor exaltación que esta mano al escribirlas.

Por otro lado, además de ser un libro experimental en materia de contenido, es también una declaración

abierta del nacimiento de Marcel Zurinaga, seudónimo de Felipe Robayo, que, como dijo Mohamed Ali “Cassius Clay era mi nombre de esclavo, Mohamed Ali es mi nombre de hombre libre”, así, Marcel Zurinaga, más allá de ser mi nombre de pluma, es mi nombre de hombre libre.

Santiago de Cali
Julio 17, 2015

CUENTOS

ATADURAS

Habían unos cordones de colores que estaban de moda, muy de moda, en las calles de la ciudad. Todos andaban con cordones de diferentes colores. Unos con rojos y otros con verdes. Azules, morados, violetas, grises, naranjas, amarillos y beige. Se arrastraban por el suelo cordones arco iris, cordones tablero de ajedrez, cordones caleidoscopio. Era un gran auge en la ciudad. El presidente de la nación se veía dar sus discursos con cordones de diferentes estilos cada día. Sus visitas al exterior eran seguidas de acuerdo al estilo de sus cordones. Que en China se le vio con cordones de seda carmesí. En Bolivia con cordón de vicuña, la piel más suave del mundo. Nada como el día que salió en la casa blanca junto al presidente norteamericano quien le obsequió unos cordones hechos de dólares. Sentados los dos, cruzados de piernas, ostentaban los benjamines sonrientes en sus empeines, haciendo las vueltas de papel regalo sobre los cueros de los mandatarios.

Cordones, cordones, cordones: aromáticos, comestibles, desechables y ostensibles; de chocolate, de plástico y dorado fosforescente. ¡No había quién no quisiera lucir sus cordones al mundo! Los niños, montados en el bus con sus madres, no dejaban en paz a sus progenitoras cuando se montaba un vendedor ambulante y ofrecía cordones sabor tutti-frutti, lulo-piña, chocolate blanco y negro, caramelo y arequipe. Los jalones de blusas crearon un buen negocio para los sastres. A cada rato les llegaban mujeres con tandas de

blusas para recortar por un solo lado; para emparejamiento. Ya se leía en los letreros serviciales de los sastres: “se emparejan blusas jaladas.” Y ni hablar de las peleas en el colegio. Se armaban disturbios en los salones porque uno no le quería devolver el cordón de nucita al otro y se iban a los golpes. O porque uno decía que su cordón era el más bonito y sabroso de todos, y todos le respondían que no, que los de ellos eran más lindos y ricos que los de él. Los profesores tenían que cortar los cordones de algunos para que estos no se los comieran durante la clase y prestaran atención a la lección, reprimir a los que se comían los cordones del vecino y felicitar a alguno que portara nuevos amarradores. Como los alumnos, los profesores tenían sus disputas sobre quién portaba los nudosos más elegantes en la sala de profes. Y no faltaba el día en que los estudiantes, gracias a la magnificencia de los sujetadores del profesor, se quedaban atados al puesto, llenos de asombro y respeto, atendiendo la clase de lleno.

Los enamorados en los días especiales se regalaban, por lo general, algún tipo de cordón. Llegaba todo enjutado el novio a la casa de la novia, perfumado, con gomina y ropa elegante. Zapatos negros con unos cordones de corazones sobre fondo blanco. Buen aliento y un ramo de cordones rodeando una rosa. ¡Qué bonitas eran las rosas encordonadas! Y saltaba de alegría la niña. Llenaba de labios y saliva al engominado, lo arrastraba hasta el lecho para amarrarlo con el regalo y hacerle maldades amorosas por todo el cuerpo. Ya no se acostumbraba pedir la mano con un anillo. Ya era tradicional encordonar los zapatos de la novia con un

lazo que portara un diamante en la mitad, donde se hebra al inicio. En el zapato izquierdo si era casada, en el derecho si estaba comprometida. ¡Y si vieran el cordón diamantado de la primera dama! Diamantes sudafricanos, comercializados por los judíos más conocedores de la moda, adornan los pies de la mujer del presidente. Brillantes apostados en seda de oruga tibetana, resaltando la suave dureza con la que se debe pisar el camino por donde se anda.

¡Qué moda la de los cordones! ¡Era un absoluto éxito! Lo malo era que no todos tuvieron acceso a tanto cordón. Hubo los que sólo podían disfrutar, en un mes y a veces un año, de un solo cordón de chocolate o frutas. Hubo los que utilizaban los mismos cordones en diferentes zapatos cada día. Y hubo los que no tenían cordones. ¡Qué mal se sentían éstos! Se llenaban primero de incertidumbre esperanzada. Pensaban que algún día, como era justo, iban a tener acceso a cordones ilimitados, ya que nunca habían podido disfrutar de éstos. Se imaginaban y soñaban rodeados de cordones, nadando en piscinas atadoras, poniéndole la cara a la lluvia amarradora y sintiendo la textura de un cordón multicolor. Se imaginaban atados por lazos de diferentes estilos rodeando su cuerpo. Los sueños y la imaginación ataban a los sin cordones a una realidad incierta, poco segura: inalcanzable.

Era éste el gran problema. Para muchos fue una fantasía impenetrable y prohibida al carecer, la mayoría, acceso a la locura del cordón, yéndosele la cordura. Comenzaron a buscar la manera de hacerse a siquiera uno de dos colores. Surgió la envidia y la codicia por los amarradores polifacéticos. Ya los sin cordones veían

pasar a los con cordones por su lado con cara de recelo. El uno listo para atacar, el otro listo para correr. Ya no se respiraba tranquilo en la calle si se tenía un cordón medio novedoso, porque de una se lo querían bajar. Lo ostentoso y la envidia se fusionaron en matrimonio, derivando de su lecho de amor una rabia incansable. La rabia creció y creció hasta ya volverse insoportable. No se podían ni ver los que tenían y no tenían cordones. Así que para evitar trifulcas, los acordonados acordonaron sectores de la ciudad por los que sólo podían transitar los zapatos enlazados. La furia siguió aumentando, sólo que ahora atada a ciertos sectores específicos de la ciudad.

Hasta que llegó el día. Un muchacho portaba sus nuevos cordones por una avenida que no estaba enredada. Loperita, un pelado que siempre había soñado con unos cordones como los que llevaba el muchacho extraviado, vio relucir los atadores rojo brillante con estrellas blancas delineadas y rellenas. Loperita se le acercó al muchacho y lo paró.

—Uy, uy... esperáte huracán, ¿para dónde vas con tanto afán? —le puso la mano en posición de alto mientras movía la cabeza a lo palomo en calor—. Se ve que andás como perdido, ¿no?

—Ja... n-n-no... n-n-nada q-q-que ver... —paró y clavó la mirada en los pies del que lo detuvo, a la vez que escondía un pie detrás del otro— V-v-voy pa-para mi ca-casa, tra-tranqui-quilito.

—Hmmm... Ve, y están como bacanos esos cordones, ¿no? —acercándose al muchacho y agachándose para tocar los enredados— Rojo brillante con estrellas blancas y delineadas... —dijo para sí

mismo el pelado, ido en el destello de la tela.

—Sí, m-m-me los re-regaló mi ma-ma-mamá — balbuceó al tiempo que apartó el pie y dio un paso para atrás.

—Tranquilo tiburón, tranquilo. Sólo dame los cordones y te dejo ir sano —se irguió y apuntaló la mirada con extrema fijeza en la del muchacho—. Si no me los das —esbozando una sonrisa de medio labio—, te va mal.

El muchacho lo miró con una rabia infinita. Eran sus cordones favoritos y no existía motivo alguno para entregárselos a ese pelado insolente. Loperita, en cambio, pensaba que el muchacho tenía sus cordones favoritos, que tenía la obligación moral de dárselos sin reproche alguno, ya que esos fueron diseñados para ser portados por él.

—¡No! —por fin encontrando un poco de firmeza— ¡No se los doy!

—¿Nooo?... ¡¿No?! ¡¿Que no me los vas a dar?! — entonces sacó un recuerdo hilachudo de cordón hecho de cabuya y lo amenazó con éste empuñado en la diestra— ¡Dámelos o te mato! —gritó seco.

—¡Qué no se... —se le cortó el aire.

La cabuya-cordón estaba en rededor del cuello del muchacho. Loperita estaba detrás, apretando con todas sus fuerzas el hilo que se le llevaba la vida al muchacho. Éste se vio en el vientre de su madre, jugando con el cordón umbilical hasta enredárselo en el cuello. Sentir la vida irse en una falta de respiro, clamando por un sorbo del vasto aire que rodeaba su nariz. Cayó finalmente al piso, ahogado; asfixiado por un cordón. Con la muerte en las manos, Loperita miró al muchacho en el suelo. Se

le olvidó un poco cómo respirar, buscando desesperado aire que inhalaba escaso. Vio los cordones desamarrados, listos para ser desenhebrados. Se abalanzó sobre ellos, los sacó de un tirón y salió volado de ahí.

Los asesinatos por cordones fueron en aumento desde esa primera vez. Amanecieron en los callejones, ríos e inmuebles personajes desacordonados. Por lo general ahorcados o apuñalados, pintando el silencio de las mañanas con un rojo sin dirección ni agujetas. Fue tanta la violencia que surgió por los cordones que los manufactureros decidieron cesar la innovación y estandarizar la producción a negro y blanco. Los acordonados regalaron sus cordones en señal de paz y los no acordonados menguaron la rabia al no tener qué envidiarle a los demás. Los sectores diferenciados rompieron sus ataduras y volvieron todos a circular por las mismas avenidas. Todo bien un tiempo; todo tranquilo. Hasta el día que el presidente dio un discurso conmovedor portando un hermoso sombrero de tafetán.

MOVIMIENTO MORTAL

No se necesita más que de un movimiento para evitar la muerte. Los casos dependen en la manera que ella arremeta a su elegido. Si a alguien le diagnostican falla cardíaca, se burla de la muerte tomando píldoras bombeadoras del impulso cardíaco, diabetes insulina, hipertensión coagulantes para la sangre adelgazada por la sal. Es claro que estos movimientos son recomendados, no de reacción. Son, de una forma, la consecuencia de una educación rigurosa que perpetúa las soluciones en disoluciones. Pero yo me refiero más a esos momentos que son simple reflejo. El ver un rojo de reojo y quitarse justo para el lado que es, y así evitar el escarabajo que casi se lleva la vida de aventón. O la de decidir salirse del mar porque quiere cerveza y al volver ver la marea subida con olas devoradoras, aletas apareciendo y desapareciendo. No sé, la vida parece un juego cada vez. Cada día que pasa se va yendo la vida, solita, sin nosotros poder retenerla por más tiempo. Y no parece importar cuáles sean los problemas que puedan surgir en la vida de uno, siempre hay soluciones, unas veces a la mano, otras veces a través de una búsqueda rigurosa. Sólo que siempre tiene que existir algo insoluble, algo que no pueda ser resuelto ni disuelto ni revuelto. Eso único, que en definitiva no tiene solución ni enmiendo, es la muerte.

Una vez se cruza su umbral, ya no hay manera de volver a salir de ese encierro eterno. Por lo menos tengo la seguridad de que éste no debe de ser tan malo, ya que me han dicho que la casa de la muerte es bastante

vívida. Que está llena de colores vivos y complementarios. Que se ven amarillos junto a los morados, y naranjas junto a los azules. Los rojos y los verdes danzan por momentos en tornados coloridos, para llevar en su tormenta blancos y negros. Otros me han dicho que las paredes están surcadas de arte. Cuadros, estatuas, bustos, retratos, autorretratos, poesía, actores en acción sobre las tablas, música, móviles, todo envuelto en una arquitectura de vericuetos insurcables pero, a la vez, de extraña uniformidad. ¡Infinidad de pasillos colmados de arte! Pero nada de arte viejo; puro arte nuevo: arte nacido en la muerte. En sus recintos infinitos residen todos los artistas de la historia, conservando su figura y pulso de cuando pasaron a la vida eterna. Ya en el recinto de la muerte no se vieron ligados a parámetros limitantes de la creación. Además de eso, tenían acceso a material infinito.

Una cosa es ver un “vivo de Rembrandt” y otra ver un “muerto”. Así como en vida capturaba la vida, en la muerte capturaba la eternidad. Los trazos de pinceles de cola de mamut, sumados a los efectos de las pinturas de óleo, creaban deslizamientos paralelepípedos en el canvas capaces de transportar al espectador a través del espacio-tiempo, viéndose reflejado en puntos infinitos del universo y presenciando la explosión de big-bangs creadores de espacios contenedores de izquierda a derecha. Las curvilíneas de Parmigianino y las estructuras de Escher hacían parte del recinto de la eternidad. Las máquinas voladoras de Da Vinci se paseaban por las cúpulas de la casa, viéndose como fondo, desde el suelo, los frescos que pintaban al mundo, al espacio y al no-espacio. En la mitad de un

cuarto lleno de espejos que se dan la cara entre sí, formando una esfera reflejante de lo interno, hay una gran escultura de diamantes y rubíes gravados en granito que componen la visión de la muerte de Miguel Ángel. Una donna fulgurante, exquisita y llamativa: la gran tentación de la vida. Similar a una sirena, provocativa y deslumbrante, la viva imagen del olvido y la liberación de cualquier problema en vida: la máxima tentación.

Hubo un día que la muerte me tomó de la mano, en un sueño, y me llevó hasta su recinto. Me dio un tour personalizado por su mansión, y me invitó a que me quedara por un tiempo. En ese tiempo tuve la oportunidad de hablar con Dalí y con Lorca. Lorca estaba un poco decepcionado con la muerte en sí, y le componía poemas a lo que él creía que era la verdadera muerte, no esa charada que era una prolongación para siempre de uno mismo. Dalí estaba, en cambio, en el proceso de una pintura. Tenía un lienzo transparente tras él, altísimo y anchísimo. Tanto, que los bordes no se alcanzaban a ver. Era una gran transparencia, lista para ser colorida. Dalí hablaba de capturar la vida en esa obra maestra que resumiría lo que somos y lo que no somos. Dijo que las figuras vivas son una extensión de las muertas y las muertas de las vivas. Enroscándose el bigote dijo que el surrealismo, en el mundo vivo, es una puerta abierta a la percepción, abertura que conduce a las percepciones sin límite de las posibilidades, pero que los que abrieron esa puerta tan sólo llegaron hasta el umbral. Umbral crucial de cruzar para romper de manera absoluta los telones de la viva realidad que, en últimas, hacen comprender la vida. Así, para poder

entender la figura de la muerte, es imprescindible entender la figura de la vida.

Para él, la vida es también una mujer. Pero no una tentación. Es pálida y débil. Enfermiza y presta a sucumbir a la muerte. La vida no podía ser infinita, dijo Dalí, porque la vida no es eterna. La vida es la pavimentación hacia una muerte inminente, hacia una trascendencia sin retorno. Percanzada, la vida no es más que una aglomeración de acciones destinadas a resolverse como percance, llevando a nunca poder desarrollar al ser en dimensiones artísticas, maquinales o artesanas, ya que la solución de percance tras percance devora todo el tiempo necesario para lograr la altísima existencia. Vociferó sobre el patetismo de los vivos al querer mantenerse allá, donde el dolor y el sufrimiento reinan y donde las preocupaciones son una bola de fuego líquido que nunca alguien querrá retener en sus manos. Los trazos de la vida son más complicados de alcanzar en vida, porque en la vida siempre hay telones cobertores de la realidad. Se termina pintando telas. En cambio, en la muerte es más sencillo pintar la vida, porque todos los telones no existen. La realidad es más obvia e inminente a los ojos desnudos del observador. La puerta de la percepción ya ha sido traspasada.

Con un pincel gigante, Dalí hace cuatro trazos en diagonal y pinta la vida. En el recinto de la muerte, me dice Lorca, el tiempo no existe, así que las acciones se dilatan o comprimen de acuerdo a como tus ideas estén de claras. Si en tu mente ya existe una idea perfecta de lo que piensas, entonces el plasmarla en palabras, música o pintura, no se dificulta; tanto, que la creación de tu idea es inmediata al pensamiento. La piensas, la

dejas que se exprese con tu cuerpo y se plasma. Ya el pincel de Dalí es una extensión de su propio ser, la vida es ya una idea perfecta y la pincelada plasmadora no necesita más tiempo que la súper compresión de la acción en ese espacio sin tiempo: que ese momento atemporal. ¡Qué linda la vida pintada por Dalí! Pero triste. Derrumbada y derretida, punzada por armas atómicas y nucleares, rodeada de explosiones, naturaleza muerta y rostros colmados de decepción: navega un río pútrido aferrándose a sí misma y a una raíz sin tronco sostenida en el aire.

¡Qué bella me pareció la muerte! ¡No vi razón de ser vivo! El arte surgiendo al instante sin necesidad de razón de ser para ser. ¡Ilimitada la muerte! Toca la puerta, llama, invita a seguir sus pasos para alcanzar la percepción del ser infinito. No más, me dije. No puedo seguir evitando algo que me llama y me transporta durante el sueño. Muerte, muerte, no me quiero esconder más de ti, quiero ser tu amigo y tu hermano para poder habitar los recintos de tu eternidad. Llévame. Llévame ahora... de repente me vi, allá, en el suelo, rodeado por transeúntes, con el pecho rojo y un charco brotando de mí. La muerte me sostenía de la mano y me sonreía. A lo lejos vi al hombre que me disparó, que me quitó la vida, «*corre rápido el regulador de la muerte*», pensé. Volamos a través del cielo y luego, en menos de un parpadeo, estábamos en el gran recinto, yo ansioso por charlar con los demás, por escuchar la palabra de la muerte y de los muertos, por vivir para siempre la vida de la muerte.

JUEGOS DE IMPULSO

Desde niño me he jugado lo máspreciado que tengo en el momento: la canica ojo de tiburón, el tazo que no sale sino en el paquete familiar, el hieloco imposible, el boloncho-galaxia, la lámina cromada del álbum mundialista o el Shiryu dorado de los Caballeros del Zodiaco, la plata del recreo en supuestos sobre el profesor, la copa de la victoria en torneos de intramuro, el celular pantalla-táctil en alcanzar el bus, el trabajo en una noche de copas ya profesional, amistades por no saberme controlar, lazos familiares por abstenerme a escuchar, la mujer de mi vida por inventarme cuentos con sus amigos, mis amigos y hasta con el panadero, «te gusta, ¿no?, por eso lo mirás tanto». Todo por el maldito impulso. Por no pensar siquiera un segundo y dejarme llevar por el instinto que me jala hacia un abismo donde no existen los frenos y sólo queda caer al vacío de la incertidumbre del después. Todo por no pensar. Por actuar y nada más.

¡Ay mi mujer! ¡Cómo la extraño! Siento que soy un oso polar perdido en un desierto de sal en busca de una sombra para resguardarme del odioso sol que calcina mi piel por la ausencia de sentido que se interpone en mi camino. Como esa vez que le digo a Camilo, mi amigo del colegio, cuando era niño, «apostemos pues el hieloco». Había que tirar el muñequito de plástico, que se conseguía con tapas de coca cola, para que cayera lo más pegado a la pared. El hieloco más pegado, gana. Pero el mío era el difícil de conseguir. Así que acostumbraba apostararlo uno a dos, «yo pongo este, pero

vos tenés que poner esos dos». Y sin pensarlo, ya Camilo estaba detrás de la línea midiendo el peso del hieloco que iba a lanzar y la distancia hasta la pared.

Es tenaz porque en momentos como esos uno sabe que todo está en juego. No hay marcha atrás. El amigo de uno va a lanzar el verraco hieloco y va a poner en juego el de uno... pero a costa de sus dos, entonces no importa. Todo o nada. Y su hieloco que vuela por el aire, y uno que se muerde el labio y siente hormigas en los brazos, en las piernas, en la cabeza y un vacío en la boca del estómago, y el hieloco que toca el piso y uno que abre los ojos, y... como esa vez del campeonato de fútbol.

Ese día corrimos por todas las aulas gritando de emoción que se jugaba la final del torneo. Llevábamos casi tres meses jugando los partidos eliminatorios, donde los más débiles fueron cayendo bajo el poder de nuestro guayo, y los más fuertes nos íbamos consolidando como goleadores infalibles, defensas muralla, medios directores de orquesta y arqueros dragones de fortaleza. Jugábamos contra el equipo del mejor defensa y arquero del torneo. En mis guayos estaban los goles y en los de Luis los pases mortales. Pitazo y el partido que arranca. Su estilo era el contra ataque y el nuestro el de ir por el gol.

En ese toma y dame llegamos hasta los últimos cinco del partido. Todo tiro que lograba mandar, era atajado por el arquero que parecía flotar en el aire cuando saltaba por el balón. Y los ánimos calientes. Y llega el defensa y me barre por detrás. Y yo que me levanto con ira infinita, directo al defensa con el puño en alto y que le zampo su gancho y lo mando al piso.

De inmediato expulsión. El ánimo de todos se fue al piso. Nos metimos atrás, jugando un juego que no era el nuestro. Luis que hace un mal pase en el medio. Yo puteando en la banca, con los ojos imantados al balón, pero en realidad mirando al vacío. El medio se la pasa al delantero, el delantero hace una, dos fintas, y alza la cabeza para ver llegar al defensa autor de mi expulsión al área y lanzarle un centro que de un frentazo infalible terminó inflando nuestra red. Uno-cero terminó el juego, con el orgullo destrozado y la rabia de saber que la falta de calma nos llevó a la perdición, lejos de la anhelada copa por la que tanto nos habíamos esforzado todo el año...

Dos, tres veces rebota el hieloco, pega en la pared y queda a tres dedos no más. Me tocaba tirar a mí, pero ya la presión de la posible pérdida me tenía aturdido. Era mi hieloco favorito, ¿por qué demonios me había metido en esa vaca loca si lo quería tanto? Y los ojos de mi amigo que brillaban de felicidad al ver a su muñequito plástico tirado tan cerca a la pared, casi saboreando el triunfo, y gozoso por la nueva adquisición que ya era más que segura. Detrás de la línea me palpitaba el corazón revolucionado, las sienes las oía dejar pasar el flujo de sangre a la cabeza, el estómago estaba alborotado de cosquillas que me llenaban de vacío, las manos sudorosas e inquietas, y el sol que me daba de lleno en los ojos, ya cayendo en el horizonte para darle paso a la noche, me cegaba la mirada indecisa, llenándome de terror.

Sólo ahora, que la pierdo a ella, me doy cuenta de que la respuesta la tuve antes. Cuando niño, cuando joven, cuando no tan joven. Y aun así acabé con su

confianza por mi desmesurada desconfianza sin sentido y se terminó yendo sin decir a dónde. Y la busco en mis sueños, en mis pensamientos, en mis delirios, en mis juergueos sin final, en el manantial de la vida que no cesa de dar agua al sediento, pero que se pudre por el mal cuidado del beneficiado. Terminé pudriendo el estanque donde mi alma surgía como flores nocturnas a la luz de la luna, contaminando la tranquilidad de saberla mía, de tenerla junto a mí en este río de la vida, todo por decirle que no le creía, que sus constantes salidas no podían ser por otro motivo más que la de un amante escondido, que estaba mamado de su supuesta verdad porque no cuadraba con la mía, con lo que yo percibía.

En secreto deseaba que me dijera un día que sí tenía un amante, que desde hace tiempo se acostaba con el vecino o con el mesero de la pizzería o el amigo con el que tanto permanecía. Deseaba que me dijera que todo lo que yo creía era verdad porque así por fin saldría de la maldita incertidumbre de no saber dónde estaba, de si lo que me decía era verdad o mentira, de la absurda realidad imaginada que me había impuesto a mí mismo, pero no me daba cuenta porque estaba ciego de la ira, de los celos y de la purita incoherencia. No le creía cuando me miraba con los ojos juagados en lágrimas, jurándome amor eterno y sincero, «sólo estás tú, sólo tú. Nada más quiero estar contigo», pero yo lo veía todo como un acto para cubrir la verdad. ¡Nunca le creí en realidad! Salvo el día que se fue. Ese día sí le creí, porque ya no había lágrimas en sus ojos, sino un infinito desagrado hacia mí, hacia todo lo que le decía y suponía. Entendí porque me dijo que yo creía que ella

era una puta cualquiera, algo en lo que no había pensado antes, pues sólo pensaba en que era una traicionera, no lo que ella sacó a relucir.

«Me tratás como una puta, como una perra que se lo come con todo el que se aparezca. ¡Recapacitá que nadie te ha amado como yo, y vos lo único que has hecho con ese amor es pisotearlo! Adiós.» Y se fue y no la he vuelto a ver. ¿Por qué tuve que decirle, siquiera insinuarle, que lo hacía con mi hermano? Claro, estalló de una, sin pensarlo dos veces agarró la maleta, la llenó con su ropa dejando vacío el armario, «espero un día te dés cuenta de lo que hiciste», y azotó la puerta tras de sí. ¿Adónde estará? Seguro está con la mamá o donde la mejor amiga. O donde... ¡Aj! No, nada de eso. ¡Malditamente, deja de jugarme malas pasadas! Imaginación del demonio, ¿es que acaso no me puedes dar un rato libre, donde no cuestione todo lo que me rodea, donde la paranoia no rija mi existencia, donde los complots hechos a mis espaldas no existan y los demás me quieran hacer siempre el mal? ¿Cuándo me vas a dejar en paz para no cagarla más? Ya la perdí a ella, me queda mi soledad llena de su ausencia, de su sonrisa, de sus ojos pegados a los míos hechos cíclopes, de la suavidad de su piel azúcar morena, de su fragancia de flor del desierto nacida en medio de la oscuridad y la vastedad de la soledad.

No me queda más que el recuerdo nublado por mis celos irracionales y mi ira descontrolada. Por ese lance de incertidumbre que colmó el espacio que antes rebosaba confianza y seguridad. No queda nada, nada, nada... y sin pensarlo mucho más, lancé mi hieloco favorito por los aires. El tiempo se detuvo. El silencio

era esperar el repique del muñequito de plástico en el cemento, verlo volar por el aire con un destino marcado y desconocido. Uno, dos, tres veces. Demasiada fuerza. Demasiada desconfianza. Demasiada alevosía incógnita e indómita habitando en mi cabeza, en mi interior. Choca contra la pared y rebota una cuarta entera. Es inútil discutir porque la pérdida salta a los ojos. Siento que me derrumbo por dentro, mientras Camilo salta de alegría con su nuevo hieloco, corre por todos lados y yo me sigo sumergiendo en una oscuridad infranqueable, en un abismo sin salida, en una caverna que lleva al centro del mundo. Y de pronto veo una luz, y pregunto esperanzado «¿lo apostamos otra vez?», y él, reído en su mejor estado de exhilaración, me mira con los ojos apagados de la sonrisa y me dice «¿estás loco, no ves que es el mejor y más difícil que tengo? Nunca lo pondré en riesgo», y se fue, dejándome con las palabras en la boca, con las mil y un razones que surcaban mi mente pero no florecieron, y me dejaron triste y solo en la incertidumbre de volver a tener otra, tan solo otra oportunidad grandiosa para jamás ponerla en juego.

CASUALIDAD CAUSAL

Julio conoció a Laura en un Café en la famosa calle de la escopeta. Ella leía un libro de cuentos Marquezianos mientras sorbía de la taza blanca coloreada con pescados que eran aves que eran pescados. Soltaba carcajadas interjectivas, pausando para musitar en una voz perceptible sólo para sus oídos internos las líneas del genio y pasárselas con un trago del café negro envenenado de coñac. Julio se le acercó despacio, como en una hipnosis irresistible, sin ser dueño verdaderamente de sí mismo.

—¡Uh, uhm! —en un borborismo de llamado de atención—. Los días en la vida de uno de sus cuentos no son suficientes para poder abarcar el tiempo que enarbolan —ya un poco más confiado de sus jactanciosas palabras—. Ya sin tiempo para poder ser en el tiempo, no se es más que un segundero que anda y anda sin cesar y sin sentido, pero con la más absoluta certeza de un desenlace delicada y preciosamente preciso. Sus colores son minutos palpables y las horas son amores perdidos en los alabastros de los crepúsculos infinitos.

Laura no bajó su libro, pero sí subió su mirada. Se encontró con una cara barbada de meses bien cuidada, un cabello liso negro peinado hacia atrás con un leve desliz a la izquierda de su vista. Una camisa de lino blanca manga corta, al mejor estilo de sonero cubano, acompañada de un pantalón del mismo tono e igual material. En ese destello detallante, Laura con sus pecas pintonas, su nariz recta y puntuda, y el amarillo solar de

su cabello, se volvieron a sumergir en los ríos de palabras de su autor favorito. Julio la vio no mirarlo más después de haber volteado por ese segundo tan increíble donde alcanzó a detallar hasta el cambio tonal de su ojo derecho del verde al gris y no pudo contener la indignación de no recibir siquiera una pequeña respuesta aprobatoria.

Fue por una taza de café y le derrumbó la cantina de whisky en un solo impulso, emborrachando hasta a los monos aferrados a la oreja y bordes de la cerámica. Tomó fuerzas y se le sentó en el asiento opuesto. Ella tenía de fondo la barra del café, en la que bollos dulces y panes salados pintaban los estantes de vidrio y las máquinas preparadoras del succulento líquido rugían mofleadas en su constante escupidera. Él, en cambio, estaba enmarcado por el gran ventanal que daba a la calle colonial, donde los transeúntes chocaban entre sí y las voces de los vendedores ambulantes sólo eran sofocadas por el constante aviso automovilístico. La campanita de la puerta anunciaba la llegada y partida de los comensales, dejando filtrar el estruendoso barullo de la calle, pero no parecía haber nada en el mundo que pudiera sacar del embrujo a esa mujer de labio inferior grueso y superior empucherado rosa.

—¿Así sos con todo el mundo que se interesa en vos?

—...

—¿Ah? Dale, date la oportunidad de conocerme, mirá que yo ya me la estoy dando para conocerte a vos.

—...

—Pero, ¡qué fría! Tus ojos y tu cabello irradian, en

cambio, un calor que invitan al acercamiento. Pero tu frío ser no deja que ni el más poderoso pica-hielo atravesase esa coraza de congelado antártico.

—...

—Vamos, regaláme siquiera una mirada, una sonrisa, una manoteada. Cacheteáme, despertáme de este sueño maligno de tu silencio. ¡Hacé algo! Da luz de que reconocés mi presencia. Por favor, hacéme vivir de nuevo con ese fulgor de tus ojos.

Laura no pudo contener la sonrisa detrás del libro. Le fue imposible concentrarse en la lectura con ese hombre atrevido interponiéndose a su sagrado tiempo de charlas íntimas con el papel.

—¡Déjese de tanta bobada hombre! —bajó el libro para ver al personaje del cuadro que se le presentaba—. ¿O es que acaso no le enseñaron en su casa que cuando alguien está leyendo, no se le debe interrumpir? —lo fulminó con sus ojos.

—¡Sí sos de verdad! Ya me estaba diciendo que probablemente había enloquecido y que tanta belleza sólo podía ser fruto de mi imaginación.

Julio no le puso mayor atención a la indignación de Laura. Sabía que si lo hacía, ella se iba a ir rabiada, y perder la oportunidad de hablar con ella no era algo que se iba a permitir. Tomó fuerzas una vez más, dejando su aliento cargado de café awhiskado.

—Decíme cómo te llamás por lo menos, no seás mala...

—¿Y para qué querés saber eso? ¿De qué te serviría?

—No pues, para poder llamar tu atención con el apelativo más propio posible —dijo mientras agarraba

la taza de monos con las dos manos para calentárselas un poco, uno de sus sentimientos favoritos—. ¿O quieres que te diga Laura por la cara de Laura que tenés? (tilín)

Laura cerró el libro. Julio por fin capturó su atención. ¿Qué carajos quería decir con eso de cara de Laura? Sorbió un poco del despertador cargado y se quedó mirando al adivinador mientras el líquido calentaba doblemente su garganta y estómago, dejando atrás una sensación de un fuego tenue pasajero.

—¿Y por qué de Laura? ¿Cómo son las caras de las Lauras? A ver.

Julio, satisfecho por el efecto del juego, se quedó mirándola por un momento. Vio cómo el líquido de su copa, pintada de esos labios, le tinturaba los cachetes y adormilaba los ojos un poco, poco a poco.

—Son un embrujo. Primero se notan los labios. Lo normal es que tengan forma de beso chupado. La nariz es otra que habla por sí sola. El respingue, que parece una rampa de esquí, le deja a uno conocer el fuerte carácter volátil de una Laura —sorbó y se acercó un poco más a la mesa donde yacía el libro y la taza de ella—. Pero lo más delatador está en la mirada. Esos ojos que resaltan la profundidad cuando están enfocados en algo que les interesa mucho y poco a la vez. Una mirada de pistola cargada con desdén y desinterés. Los ojos de una medusa capaz de inmovilizar al que se encuentre de lleno con ellos, y así quedar con el alma petrificada en el momento de haber presenciado tal belleza, para siempre, por siempre.

Laura cedió. Soltó una carcajada que invitó a

continuar una charla que terminó extendiéndose a un par de botellas de vino en la azotea de Julio. Miles sopló la música de la conquista en la trompeta, melodía que les hizo encontrarse las trompas, y Parker en el saxo evocó el encuentro de sus sexos, creador de múltiples notas y melodías armoniosas y encontradas. Ese día hicieron cosas nuevas, nunca hechas con sus otros amantes. Laura le enseñaba y él respondía con otra nueva para ella. Así hasta que se conocieron por completo, en todos sus despliegues y formas, incluyendo los recovecos más secretos.

Anne andaba apurada por llegar a ese trabajo de pacotilla donde los clientes le gritaban que era una inútil, que le cambiaran esa orden que no había sido la que ellos habían pedido, que dejara de ser tan incompetente y se lavara los oídos un poquito de vez en vez para así no cometer errores infantiles por su incapacidad de escuchar. Tenía que abordar el masivo E21 que la llevaba de un punto a otro de la ciudad como una sardina en medio de un cardumen que se deja arrastrar por sus iguales, llevados por la corriente del flujo, de la vida. Azarada por la demora del articulado en los puntos de parada estratégicos, Anne no dejaba de ojear el celular, que era su reloj, de mirar hacia la calle, luego al piso, luego a la calle y de nuevo al teléfono para darse cuenta que el tiempo marchaba veloz, pero no se sentía transcurrir. En una de esas vio a Silvio que parecía estar sumido en una copia de Rayuela, pero que en realidad ya había perdido la concentración por estar

desviando los ojos hacia esa chica trenzada, tranzada en la constante de no poderse quedar quieta ni contener el desespero que le causaba la inutilidad de no poder hacer que el bus fuera más rápido, que desplegara alas y turbinas jet al mejor estilo batimóvil y la dejara en su destino en un santiamén. Silvio bajaba y subía la mirada. Cuando sintió que lo miró, sonrió. Le buscó los discernidores de distancia, pero ella no se los dejó encontrar. Cuando él bajaba un poco la mirada, ella volteaba a mirarlo fugaz, para luego hacer una mueca de desagrado por el escrutador que se hacía el loco y no dejaba de mirarla.

En ese baile viajaban los dos, sin el poder de control de dirección, sin poder escapar del movimiento certero del desplazamiento. Ya Silvio había estado pensando en que si llegaba a encontrar una mujer que lo hiciera estremecerse con sólo verla, sin importar ni dónde ni cómo ni cuándo, no la dejaría escapar sin que ella por lo menos supiera eso, que lo hacía enloquecer. El cardumen iba perdiendo su integridad, y ellos se fueron quedando más solos paulatinamente, hasta el punto de no tener interceptores y poder verse de lleno de pies a cabeza. Silvio le recorría sin pudor los muslos, los brazos, la suave curva de sus mejillas, la forma de sus senos y sus caderas. Anne sintió que la desvestía, pero no se sintió incómoda, algo que la sorprendió en verdad. Encontraba en la mirada de ese extraño algo de ternura, algo de afecto y cariño por su cuerpo. No se sintió morboseada por el hombre que no cesaba en recorrerla. Se sintió deseada y eso la hizo sonrojarse e invitarlo con sus gestos a que se le podía acercar, que tenía absoluta libertad de intentar conquistarla.

Llegaron a la última estación del dragón mecánico azul donde los dos tenían que descender para tomar el alimentador hasta las universidades, por donde quedaban el restaurante y el supermercado donde Silvio jugaba a ser limpiador de pasillos y acomodador de estantería. La sorpresa de compartir la ruta los hizo sonreír. El verdecito vacío los transportó solitos a los dos, semejando a una góndola romántica que atraviesa esos canales venecianos flotando sobre la superficie salada del amor.

—No he podido dejar de mirarte —dijo Silvio en medio de un suspiro.

—Lo sé. Yo tampoco. No sé porque, pero es tu culpa —respondió Anne completamente sonrosada.

—¿Mía? Tuya por ser tan hermosa.

—Ja, ¡qué va! ¿Hermosa yo?

—¿Lo dudas? ¿Pero cómo?

—Bah, porque ando hecha un trapo... —y se mira la ropa con cara de “esta facha”.

—Entonces, ¿cómo será cuando te transformas en seda?

—Déjate de hilaradas...

—No, nada de eso. Yo sólo pronuncié lo que veo.

—...

—...

—¿Dónde trabajas?

—En el súper. ¿Tú?

—En el asadero.

El silencio y sus solas presencias eran suficientes. A ella le tocó bajarse y él le prometió ir a visitarla al comedero en su rato de descanso. Ella rió y le dijo que

bueno. El siguió hasta la parada que seguía para descender a la visión del recinto de aire acondicionado, donde las frutas se mantienen frescas por medio de ilusiones creadas por el agua, la verdura verde por el cuidado de su disposición y los estantes llenos de comida que no alimentan a nadie. Ella lo esperó desconcentrada, confundió las órdenes más de lo normal y recibió alaridos hasta por un vaso de agua helada que debía de ser con gas y al clima, y un filete que debía ser de pescado a la plancha y no de pollo apanado. Él, a la vez, no logró acomodar algo sin que se le cayera o sin que se notara la realidad de la frescura. El gerente, un hombre cobrizo y petizo de tres pelos pegados a la superficie de su contenedor del pensamiento, le gritaba a todo pulmón mientras él soñaba con el momento de volver a verla, disponiendo las galletas donde debían ir los panes, la mantequilla donde debían ir las mermeladas...

La visitó y ella pidió el almuerzo que le daban a diario para compartirlo con él en un mismo plato. La visita se prolongó hasta el punto que el dueño del asadero le dijo a Anne que qué pasaba, que si venía a tertuliar o a trabajar. Silvio salió volando de ahí para llegar con media hora de retraso a su puesto. El gerente casi se lo come con un alarido a causa de que a él mismo le tocó barrer y trapear un desastre en el pasillo seis, donde una niña decidió agarrar bolsas de papitas de todos los tipos, abrirlas y probar de a una por paquete, botándolas al suelo cuando terminaba su investigación de sabores. A Anne le dijeron que no se iban a aguantar más su incompetencia, y a Silvio su falta de entrega por la compañía. Les entregaron una carta

de liquidación y los vieron partir por la puerta trasera. Cuando se encontraron, como acordado, para tomar el bus, hablaron de las calamidades sucedidas sucesivamente y decidieron reír por el absurdo de haber experimentado lo mismo en el mismo día que habían estado sintiendo lo mismo.

Viajaron en el enlatado hasta el apartamentito de Anne. Bebieron el sauvignon que Silvio compró en la antigua tienda de sus ingresos y bailaron al son de baco hasta que sus cuerpos se fusionaron y vieron un amanecer idéntico. Las sábanas blancas del lecho ya no lo cubrían del todo, sólo las partes donde sus cuerpos yacieron fatigados por el placer. Las penas de la pérdida sucumbieron a la exaltación de la nueva sensación naciente.

—Mira Silvio, estos son Julio y Laura —dice Nicanor con su habitual sonrisa de hombre bonachón.

—Mucho gusto, Silvio.

—Un placer, Julio.

—Encantada, Laura.

—Encanto el que usted me hace —dijo Silvio, inclinándose en saludo reverencial—. Esta es Anne —indicando con la mano abierta.

—Hola, Anne.

—Julio.

—Laura.

—Nicanor, nunca hablaste de tener amigos tan hermosos — dijo Silvio, tomando de la parte posterior

del brazo al amigo que los presentó.

—¡No jodás, dejáte de vainas! —Nicanor se sacudió del agarre de Silvio y se volteó para encararlo, se esforzaba por disimular la sonrisa alegre que se inmiscuía entre las cejas fruncidas y la nariz de ganso encogida.

—Es que, toda la gente que me has presentado es igual a vos, o muy vieja o muy fea, pero nunca una pareja joven y dulce como ésta —soltó una suave risotada y gozó ver al amigo sonrojarse y dejar salir una risa en desinflatas. Los desinflatos se veían cortados por el quiebre de la entre ceja y tomas de aire para seguir no pudiendo evitar el inatajable escape de felicidad.

—Pues es un placer conocerlo también, Silvio — Laura se interpuso entre los dos—. Me siento halagada por sus palabras. La verdad no había pensado en eso, y ahora que usted lo saca a relucir, me doy cuenta de que Julio y yo somos una pareja bastante hermosa —le extendió la mano—. Gracias por hacerme ver eso.

—Eh, no sé qué decir... —se detuvo un segundo y notando la camisa de lino blanco que Laura traía puesta, la que dejaba entrever la suave sombra y marca del pezón, esos dulces manjares que traslucían rosa y erizamiento— ...sólo que es la verdad.

—Gracias hombre, sos en verdad muy gentil, yo también noto que tu relación con Anne es de buenos frutos.

—Ni te creas, Julio, es bien difícil soportar a este haragán. Hay momentos en los que quiero arrancarle la cabeza de un jalón, pero a los dos segundos me lo quiero devorar a besos y hacerle cosquillas en los

costados, donde no puede evitar la convulsión de risa, donde sufre de tanto reír, llorando de una alegría dolorosa. ¡Para que sufra por haberme hecho sufrir, carajo!

—Basta Anne, déjate de tonterías que se creen lo que les dices. ¿Y eso cómo me hace ver a mí? La difícil de soportar es esta tití que se enciende con nada, con una palabra o un gesto ya se arma la de Troya. ¡Difícil, muy difícil!

—Ven lo que les digo, no me deja expresar, ni hacer, ni decir. ¡Todo me lo censura!

—¡Y dale con tus cuentos!

Se miraron como gatos a punta de pelea o apareamiento, saltaron el uno contra el otro, encontrándose en el aire a medio vuelo. Cayeron, se halaron los pelos, rodaron por el piso y se terminaron mordiendo los labios de la rabia que les daba el gusto de pelear con el otro. Se levantaron, se peinaron y fueron donde estaban Julio y Laura.

—Se nota que se quieren...

—Sí... ¡Y de qué manera!...

—Este man no me quiere, me utiliza y me dice que me ama. Pero no me ama, me aborrece y me desprecia, me tiene envidia porque canto mejor que él.

—No digas eso hermosa, que bien sabes que me encanta como...

—A ti no...

—Pero claro que...

—No te cr...

—Hazlo...

—(sniff)

—Te quiero...

—(sniff), yo...

—Lo sé.

Era una tarde de invierno, con sus nubes grises, enfermas y secretando lágrimas de la temporada. La gran lluvia de la tristeza caía sobre la ciudad, los marcos recibiendo el golpeteo de la incesable. Una de las tantas tardes de esos inviernos que parecen un solo día en lo que duran, porque, como el sol en el verano no deja de pegar, la lluvia en el invierno no cesa de caer. Los cinco se sentaron en rededor de la mesita de café rodeada por sofás de un cuero negro fresco, cuando la mujer de Nicanor entró en la sala cargando una bandeja llena de tazas repletas de tinto, azúcar y cucharitas para revolver. Tendió las tazas por toda la mesa y tomó asiento a la izquierda de Nicanor que se encontraba solo en la punta de la mesa, sentado en un sofá para dos, en medio de los dos muebles para tres en los que se encontraban los cuatro recién presentados, dispuestos Julio frente a Anne y Laura frente a Silvio, estando estos dos últimos más cercanos al anfitrión. Desde un ángulo de vista de águila, los seis parecían formar una herradura que se comía una galleta de café.

Tuvieron una agitada y larga conversación esa tarde de lluvia, de la cual vale la pena resaltar una parte. Hablaban sobre la libertad de los sentimientos, sobre la no represión de lo inmediato y el deseo. Nicanor lideraba la conversación, teniendo a Silvio y a Laura como los más interesados, a Julio y a Anne como los defensores de la medida, y la mujer de Nicanor que se estaba tranquila, sólo escuchando.

—Mirá Julio, si vos estás con alguien y ese alguien te hace feliz, entonces eso está muy bien. La felicidad que te proporciona ese ser es única, irremplazable e irrepetible. No va a haber nadie en el mundo que sea capaz de hacerte sentir igual de bien que esa persona — tomó un poco de agua para tomar aire—. Eso debe de estar claro.

—Claro.

—Bien, entonces mirá esto: si existen siete mil millones de habitantes en este planeta y existe esa persona que te hace tan feliz, sin negar, pues, que a momentos te saca más de quicio que la felicidad que te proporciona, entonces ¿cómo te vas a negar a la posibilidad de múltiples felicidades?

—No tan claro.

—Sí, yo también me perdí.

—No muchachos, no se pierdan, lo que Nicanor quiere decir es que, si existe la posibilidad de que alguien en este planeta te haga feliz, entonces es posible de que haya más de una persona capaz de hacerlo también.

—Pues sí, pero... ¿Y los celos? ¿Y la medida?

—Esas no importan chicos. Los celos son una manifestación del ego diciendo que un ser nos pertenece. ¡Pero no nos pertenecemos ni a nosotros mismos! Lo único son nuestros sentimientos, las ganas de buscar la felicidad y ésta no se encuentra necesariamente en un solo ser. La medida es lo que nos han implantado desde lo inmemorial. Cuando pequeños, nuestras madres nos enseñaron a controlar los deseos, a mentirnos a nosotros mismos sobre lo que

en realidad queríamos. El problema es ése, que desde pequeños nos dijeron que lo más importante era controlarse y llegarse a creer algo que no era real para nosotros.

—Eso, eso. Me acuerdo que cuando pequeño mamá me regañaba porque siempre pateaba todo lo que se me atravesaba: papelitos, semillas, rocas, latas, botellas, hojas, flores. El fútbol me llamaba todo el tiempo, y patear cualquier cosa me encantaba. Hasta que un día mamá me dijo que no pateara más las cosas, que eso no era de niños bien educados, que podía lastimar a alguien con tanta pateadera. Desde ese día, cuando iba a patear cualquier cosa, me frenaba un auto-control que no era yo. Un automatón se había inmerso en mí y era quien controlaba mi actuar. Es una lástima, porque creo que si no hubiera sido por mi madre, habría sido una gran estrella del fútbol...

—¿Pero eso qué tiene que ver con lo que dice Nicanor, Silvio? El fútbol y las relaciones no tienen nada que ver entre sí.

—Se ve que no sabes mucho de fútbol Anne.

—Pues explícate mejor.

—Eso se explica solo.

—Aj, sí ves cómo...

—Yo trato de explicarte Anne, a ver si voy entendiendo. A mí me encantan el fútbol y las mujeres también. La cosa es que uno no puede andar nalgueando por la calle de la misma manera como puede andar pateando cosas en el suelo. La madre de Silvio lo que le pedía era que se controlara, que supiera que habían momentos para todo y que no siempre se

podía estar haciendo lo mismo en los distintos lugares y estados del ser. Siempre tiene que existir algo más importante que los deseos inmediatos.

—Ahh...

—Lo que no entiendo es, ¿qué pasa cuando estos deseos son auto-destructivos? ¿Cómo reconocerlos cuando nos han enseñado a controlar prácticamente todos nuestros impulsos?

—Pero eso no debe de ser un problema Julio. Verás, no es lo mismo sentir el deseo de saltar de un balcón que lanzarse a la conquista de una femma. La certidumbre de los desenlaces no es la misma. Tú no puedes saber muy bien qué pueda pasar cuando decidas lanzarte a la conquista, mientras que sabes muy bien el ipso facto del abrazo final del suelo. Es posible que ambas propinen la muerte, pero la inminencia de esto en la una, es casi un absurdo en la otra. Mejor dicho, uno sabe cuándo los actos lo van a llevar al daño y, que al tratarse de lo carnal, ese no es siempre el resultado. Es más, por lo general, éste es siempre el opuesto.

—Bah, pero y entonces ¿uno tiene que andar por ahí dejándose hacer por todos los hombres que se le atraviesen, sin ton ni son? No, las cosas no pueden ser así. Uno tiene que saber controlar y elegir sus acciones. No puede andar por ahí acostándose con cualquiera porque eso, de una u otra forma, es una irresponsabilidad. Con tanta cosa que anda suelta por ahí, uno nunca sabe que le puedan pegar.

—Seguro Anne, seguro. Eso es una posibilidad, pero hay algo que debe de quedar un poco más claro. Nosotros hablamos es de la felicidad. No del placer

momentáneo y perecedero. No se trata de andar como un perro por la calle olfateando en búsqueda de todo lo que se pueda comer. Se trata de encontrar personas capaces de hacernos sentir felices, plenos, satisfechos con su presencia. El hecho de que exista una persona capaz de hacerte feliz, no implica que no haya otra que sea capaz de hacerlo. Es simplemente eso. Entender que hay varias personas en este mundo que son capaces de hacerte feliz y que negarse a esa multiplicación de la felicidad, en últimas, no tiene mucho sentido.

—No, no puede ser así...

—Estoy de acuerdo.

—¡Ustedes no saben nada!

—A mí me suena a algo...

—¡Es que no puede ser así!

—¡Descúbrete los ojos, quítate esas vendas que nublan tus capacidades perceptivas, imagina un poco y déjate llevar por la idea!

—No, no quiero. Si yo llego a ver a Silvio con otra, ¡me muero!

—Pero ¿por qué te vas a morir mujer, es que acaso te estaría disparando o qué?

—No, ¡pero casi!

—Ya nena, no es así.

—Pues que así se quede...

—Pero tienes que poder abrir un poco tu mente.

—No...

—Sí...

—Ya chicos, calma. A mí la idea me vacila. A mi Laura, en cambio, parece gustarle.

—Pues no me molesta. Eso de los celos y la

posesión fue lo que más me llamo la atención. No había nunca pensado en eso así. La cosa es que la cuestión de los celos es demasiado amarga. Hace unos años estuve en una relación donde me celaban hasta con una prenda de vestir, ¡que porque me tocaba todo el cuerpo! Era exhaustivo. Yo, en lo personal, nunca he celado a nadie. He sentido pequeños vértigos al ver a una mujer acercarse a Julio, pero nunca me han dominado hasta el punto de perder el control. Lo que me gusta de la idea es ese aspecto de la felicidad. Porque si uno realmente ama a alguien, entonces debe de ser capaz de entender de que existen otras personas con la capacidad de hacer feliz a la pareja de uno.

—¡Exacto!

—¡Bravo!

—Déjate de...

—No la vas a...

—Pero es que...

—Tiene razón.

—Pero entonces, ¿tú estarías de acuerdo con que yo estuviera con alguien más, amor?

—Pues no sé... Creo que tendría que estar en la situación para poder decirlo. Pero en cuanto a teoría se trata, diría que sí. Eso si la persona te hace verdaderamente feliz, no que se trate de un capricho o una arrechera de media tarde. Porque ahí ya no lo harías por buscar tu felicidad, sino por calmar tus ansias de animal.

—Veo.

—Laura tiene razón en ese aspecto. Una cosa son las calenturas momentáneas y otras las pasiones del deseo

que conllevan a ser feliz. No creo que se trate de salir a buscar mujeres ni hombres a la mansalva. Para mí consiste en aceptar lo que se te va presentando en la vida. Así como ustedes se conocieron por casualidad, pueden haber otros seres que lleguen a su vida por la misma vía y el querer negarse a esas nuevas formas de felicidad, es atropellarse a uno mismo. No es que todas las personas que conozcan de ahora en adelante sean una manifestación de esa posibilidad, pero cuando a uno le atrae alguien, por el motivo que sea, entonces no debe frenarse y sí dejarse llevar por las emociones. La cosa es que el amor no es racional y el tratar de encasillarlo en una sola forma racional, es contraproducente y destructivo.

Un silencio siguió a las palabras de Nicanor. Las cabezas de todos se sumieron en reflexión y la necesidad de la palabra fue suplantada por la incapacidad de poder pronunciarla. La idea se plantó en sus cabezas, era sólo cuestión de darle un tiempo para que germinase y se convirtiera en una parte esencial de cada uno. Los ojos de Laura y de Silvio se encontraban furtivamente, y los de Julio y Anne no podían dejar de chocar. La charla se desvió al Nicanor decir «Lo bueno es que aún es refrescante pasearse bajo la lluvia». Los cuatro concordaron en la sentencia del anfitrión y decidieron que no estaba de más darse un baño para bajar los ánimos de lo aprendido, de lo aprehendido. Se despidieron los cuatro, con la disposición de irse a sus respectivas casas. Caminaron juntos bajo la lluvia por un rato, en silencio. El agua nutrió la semilla en sus cabezas e hizo surgir un capullo en la mente de Julio.

—¿Qué dicen si nos tomamos un vino en mi

terrazza? No queda muy lejos de aquí y podemos esperar a que pase la lluvia un poco.

—¿Qué te parece amor? ¿Vamos a donde Julio por un vinito?

—Pues, por qué no...

—Eso, qué bien, vamos rápido a tu casa, amor, que me quiero desemparamar.

Así se fueron los cuatro a la casa de Julio. En ese mes de Agosto que no perdonaba día de lluvia caminaron las parejas empapadas de nuevas visiones, nuevas perspectivas, nuevas ideas, nuevas vidas, nuevas perspectivas...

Almorzaban los cuatro en la mesa redonda de la sala. Julio entre Anne y Laura —que se daban la cara— y Silvio al frente. Llevaban cuatro meses viviendo en comunidad en un apartamento que sacaron entre los cuatro y todo hasta entonces, menos los esporádicos accesos incontrolables de celos, había sido fantástico. El compartir un hogar entre ellos, que se amaban libremente, era algo único que se convirtió en necesidad absoluta para todos. Las noches de pasiones se vieron multiplicadas en el lecho de tres por tres, donde los cuatro se dejaron llevar al unísono hasta puntos climáticos jamás alcanzados, sumergidos en los recovecos del sueño de la eternidad sin tiempo: transportándose juntos a donde quiera que fueran. ¡Fueron meses de fantasía! La gente los veía caminar

por las calles cogidos todos de la mano, intercalados hombre-mujer-hombre-mujer, hablando y soltando risotadas estruendosas a los siete vientos, ¡vaya júbilo! Pero cuchicheaban los vecinos en medio de la estela de amor que dejaban los cuatro al pasar. No les gustaba que eso fuera posible. «¡La felicidad entre varios es promiscuidad, es satanismo, es pecado, es de animales, es de poseídos, es un imposible!» ¡No los querían ni ver! Les daba rabia su incesante risa y su imparable parloteo. No soportaban que hallaran felicidad en esa abominación. Les eran antisociales, pero al verlos interactuar con personas en fiestas y lugares conocidos, se mordían el labio superior al verlos dirigir la charla, soltar las mismas carcajadas que envolvían a esos envidiosos de noche, hasta el punto de hacerlos despertar sudorosos y riendo en un acceso de manía.

Ellos nunca se interesaron en hacerle caso a esas envidias extrañas que nacían en la gente. Si alguien les preguntaba, gustosos le compartían sus pensamientos y el porqué de su actuar. Pero no andaban por ahí buscando la aceptación de nadie, para ellos ya era suficiente que ellos mismos pudieran hacerlo, no había razón más suficiente que esa. No tenían por qué pedirle permiso a nadie, ni a nada. Simplemente eran y así estaban bien. La genialidad culinaria de Anne, combinada con la pasión por los postres de Laura, se fusionaron con la elección de vino de Julio y la famosa ensalada de Silvio, exhibiendo un banquete sin igual. La mesa mirada desde arriba parecía un solo plato para cuatro. Toda la comida dispuesta para que cada uno se sirviera al gusto. Los colores de la lechuga, el tomate, la zanahoria y el maíz; el jugo de la carne en cuadritos

ensopada en cebolla morada, pimentones rojos, verdes y amarillos, con champiñones enteros y aceitunas negras; el rojo de esa opacada brillantez translúcida del vino; los corbatines aderezados con albahaca picada, orégano molido y pimienta negra entera, brillando un poco por el aceite de oliva que los cubre; y el tiramisú que se hace difícil de esperar. Estos eran la materia prima de la pintura representada.

—Buen provecho mis amores. ¡Salud!

—¡Provecho!

—¡Salud!

—Provecho.

Comenzaron su última cena. No dejaron nada. La carne y la ensalada desaparecieron, el líquido de la botella se fue evaporando en su interior y el tiramisú se deshizo entre la lengua y el paladar. Brindaron la última vez con las copas del vino envenenado por el tendero de rosa tez. Se miraron, tranquilos, dejándose llevar por la pesadez del sueño desorbitante que se apoderaba de su ser. Sonrieron y fueron cayendo uno a uno. Silvio con la cara aplastada contra el plato del postre y los brazos cayendo entre sus piernas, Anne con la cabeza tirada para atrás, reclinada sobre el tope del espaldar, la mano derecha en el vientre y la izquierda paralela a las patas de la silla, Julio se cayó al piso hacia el lado de Laura, con la cabeza recostada sobre el brazo izquierdo extendido, y Laura simplemente apoyó la cumbiamba en el pecho, ligeramente volteada hacia la izquierda. Murieron felices los cuatro, los cuatro felices murieron, allí, en ese su nido de amor.

POESÍA

CUANDO TE VEO

Cuando te veo,
mis ojos bailan tangos y boleros,
mi piel tiritita al imaginar
tu tacto calentar mi cuerpo,
mis piernas tiemblan listas
para dar el salto, pero no me animo
y luego ya no te veo y...

Cuando te veo,
me armo de valor para mirarte
de frente, encontrarme con tus ojos
de lleno en colisión galáctica
engendradora de universos
de infinitos lagos y besos,
pero ¡maldita sea!, no te encuentro
en tu evanescencia de holograma,
te pierdes y ya no te veo...

Cuando te veo,
mis sienes palpitan estremecidas
por el contacto con tu aliento,
por la añoranza de conocer
a qué sabe tu cuerpo
empapado de placer
y sumergirme poro a poro
y convertirme en células
blancas y rojas en tu torrente
sanguíneo y cuando menos
lo pienso, ya no te veo...

Pero, cuando no te veo,
la mañana se va nublada,
la tarde en chaparrones,
la noche en delirios,
angustias y deseos de verte
ya que sólo vivo cuando te veo.

APARIENCIA

La apariencia predomina mi entorno.

Veo sonrisas forzadas pintar rostros pintarrajeados,
ropas suturantes de cicatrices en la piel, en el alma,
ojos extraviados en encontrar motivos para permanecer;

no huir: ¡vivir!

¿Cuántos soportan no cortarse las venas?

¿Cuántos ya están muertos por dentro
y siguen con la máscara de la vida?

¡Si todos dijeran lo que sienten!

¡Si todos hablaran con verdad!

¡Ay día, ¿cuándo llegarás?!

Me cuesta aparentar: ¡me abrumba tanta falsedad!

Si estoy triste, mis ojos lo gritan al viento;

si estoy rabiado, el aire calienta mis huesos;

si tengo que aparentar, ¡aparento que aparento!

¡Aléjate de mi vida maldita apariencia!,

a mí preséntate con la verdad,

de resto quédate lejos, detrás de ese rostro de
ambigüedad,

que si a mí llegas, pronto te he de revelar.

La apariencia rodea mi entorno,

mantenerla, ¿cuánto ha de costar?

HIJOS DE LA TIERRA

Los volcanes son los pezones rocosos
que alimentan a los hijos del fuego;
los manantiales nevados a los hijos del agua
y las llanuras altiplanas a los hijos del sol.

En las copas arbóreas y riscos marinos
dormitan los descendientes del viento:
mientras nosotros, de carne, bebemos leche del aljibe
materno.

Todos parte de todos: ¡hijos de la tierra!

¡Inevitable irradiante interacción!

DALTONISMO

Daltónico me llaman, ¿por qué será?
¿Será porque veo más de una tonalidad?
¿Porque percibo miles de colores donde el resto
[ve sólo uno?

Mi piel no es sólo rosa, es amarilla, azul,
roja, naranja; mi rededor no es sólo gris:
es luz, es oscuridad, es chiaroscuro, es fétido
[y es divino.

Miro mis manos y noto toda la paleta
del pintor, combinaciones infinitas, cambios
con apretar, con soltar, con el calor y
[con el frío.

Somos seres de todos los colores,
uno sólo no nos compone,
ni siquiera esta hoja en blanco es sólo blanca,
es relieves de sombra y cúspides lumínicas.

No soy blanco, negro, amarillo,
marrón, verde o rojo nada más;
[soy todos:

¡imposible discriminar!

Daltónico será quien no ve esto que veo,
así: gracias universo por darme este
[regalo daltonal,
que o sino, ¡todo sería igual!

DISIPACIÓN

La incertidumbre muta a herramienta:
inagotable fuente interpretativa del sentido,
manadora de conocimientos mucho más perduraderos
que los teoremas de cualquier ujier.

Somos luz condensada, almas transeúntes
de la vida, la oscuridad y la nada,
tripartita deliciosa ungue de luminiscencia el espíritu.

Nada puede detener las infinitas metamorfosis
sufridas, experimentadas, reídas a cada instante
cada segundo, cada milimétrico ascender en espiral
vibrante:

eso que nos lleva al millar de despertares tan
numerosos

[como los astros y las estrellas,
como cometas fugaces que deambulan
hechos fuego enrocado todas las galaxias:
el espacio.

¿Dónde están los límites de nuestro universo?
Los científicos no tienen ni idea,
dios es igual de tamaño,
y nosotros aún no conocemos
lo que tenemos dentro...

propongo: conozcámonos
para conocer el universo.

POESÍA

La poesía se me escurre entre los dedos.
La agarro, pero se desliza como el agua,
como la luz, como el viento, como el éter eterno.

¡Quiero tenerte por siempre a mi lado, poesía
[escurridiza!
Quiero que vayamos juntos hasta el fin del camino,
de mis pasos, hasta que sea yo quien se escurra
[entre tus manos.

Háblame poesía con los tonos de tus quiebres,
de tus rimas y tus cimas, lléname de iluminación,
vacíame de escrúpulos, nociones, prevaricaciones,
[juicios y prejuicios.

Poesía, ¡oh, musa eterna de las palabras!,
tristeza me traes cuando estás ausente,
perdida en la sistemática ejecución burocrática
[de la vida.

Quiero correr por lo ligero de tu peso,
beber el rocío inevitable de tus planicies vertiginosas
[y sábanas ardientes,
transitar el flujo imperceptible de tu agua
omnipenetrante
[y tu vacío universal.

Poesía, tan sólo quiero ser uno contigo:
tan sólo quiero seas una conmigo.

SOMOS

¿Quién soy? Soy la voz
que huye al silencio, el grito
que bulle en la garganta,
el hambre causada por la ignominia
y desigualdad saciable sólo con justicia.

¿De dónde vengo? Del primer hombre,
salgo de las mismísimas entrañas
[del tiempo,
de donde se levanta alto el llanto y el lamento:
las vísceras de la tierra parieron mi nombre.

¿Qué hago aquí? Traigo luz en mi
[yo interno,
una conciencia que resplandece
como sol radiante de madrugada,
calidecedor de las percepciones,
amoroso beso que calma y despierta
[por dentro.

¿Qué me creo? Lo que soy
y creo: infinito regalo de la divinidad:
[la creación;
de resto dejo que los demás sean
lo que yo no soy.

¿A dónde voy? A donde me lleven
los pasos de la verdad,
a donde sea que conduzca el crear;
voy directo hacia esa luz,

imán que me atrae como si yo fuera
[el opuesto:
la sombra, la ignorancia, la materia;
cuando soy ambos: somos ambos:

la noche y el día,
el infinito y la nada,
el individuo y el todo,
la materia, la mente y el espíritu.

¿Qué busco lograr? Hermandad
inexcluyente y colectiva, la importancia
de cada cual radica en su actuar,
en el desempeño de su papel: de su rol.

Todos somos indispensables,
únicos e infinitamente creadores,
ya depende si se acepta y se siente,
o se niega y luego arrepiente,
lo importante es que tarde o temprano
[es imprescindible evolucionar.

Somos uno, uno somos.

EXPRESIÓN

Y si juego un poco con las palabras,
¿qué obtendré?

Expresión: ex, pre, sión;

la ex, el pre y Sión;

y si expre solo ya manifiesta

y Sión es el paraíso perdido

o tierra divina, entonces expresión

es una manifestación divina;

ex, presión:

cuando expresa baja la presión

[o aumenta...

cuando expresa, esa presión

[es cosa del pasado.

Expres, i, on: i on expres,

express please, ¿si i on expres? ¡Please!..;

pres, ion, e, x;

X—Pres e ion X presionan a Sión

por expresión: ¿Sión? ¡Expresal;

y si anagrama hasta lo cacofónico:

pensión, soi, no, re, presión,

preso, ni, o, si, es, se, sexo, res, ser,

sino, reno, ónix, on, i, ris, Resín,

pero, Perón, peso, sin, eres, poner,

pon, pone, ere, xi, on, oís, eres,

sión, expone, sé,

pri, pino, piso, iso, río, rio, ríes,

ríe, ríen, pío, X, XI, I, eso, po,
IX, Nero, oír, ron, son, pise,
pies, pones, ires...

¡Bella la expresión! Infinita capacidad
[de creación.

BORRACHERA

¡Qué cosas con estas borracheras!
Linda vida que me apremias con dulces
flores, tierno calor solar capturado
en pétalo de suavidad universal.

Esos labios de carne madura,
ese cuerpo esbelto esmaltado
de belleza absoluta; interna.

¿Sientes?

Es el murmullo de mi sangre
que fluye a prisa por tu palpable cercanía.

Sacudes tu rostro mecido por el viento,
miel marina, sal colmenar;
remedio de cura total eres tú,
pedacito de pólen, maremoto galáctico,
¡lluvia meteórica de gustosa sonoridad!

Si te anclo, vuela;
si te menosprecio, vete;
si te amargo, encaramélate lejos;
si renuncio, insiste;
si te busco, déjate encontrar;
si te aborrezco, perdóname.

Mas si: te respiro, respírame,
sudo, súdame,
canto, baila,

ondulo, vibra,
aulló, gime,
te acaricio, erízate,
¡humedescámonos!

¡Qué admirable delicada pintura eres!

Ven te beso, señorita orquídea,
ese pistilo moteado,
todos tus pétalos, tu tallo;
Ven, tan sólo déjame darte una probadita mujer.

CORTO

EL SOÑADOR



Este libro fue
Impreso
y
Ensamblado
en el Taller Editorial-Artesanal:
©8CHO INDELEBLE
el 17 de Julio del 2015
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS



Marcel Zuviringa

8cho
Indeleble
EDITORIAL ARTESANAL